

de otra vida, ya sean muertos ó no, se revela en la conducta de los dioses griegos, tal como la vemos en los cantos de la Iliada: los motivos de sus acciones son más elevados en aquellos puntos en que la conducta de los Griegos homéricos lo es, ni más ni ménos.

Aquí todavía encontramos, bien que tal vez de una manera ménos acabada, una semejanza análoga en el tipo moral de la vida de ultra-tumba propio de las creencias hebráicas, á lo ménos en cuanto podemos inducirlo de la conducta que se nos da por la que obtiene la aprobacion divina. Todavía la subordinacion es la virtud suprema. Que se haga prueba de esa virtud y todo el mal que se haya podido hacer queda perdonado ó ya no se reputará mal. La obediencia de Abraham merece los elogios por su prontitud en inmolar á Isaac: ni un signo de censura por su diligencia en obedecer á la sanguinaria sugestion que en sueños recibiera y que toma por una órden del cielo. El asesinato de los amalecitas lo ejecuta Samuel sin misericordia porque es de mandato divino; por lo contrario, Saul es tácitamente condenado por su clemencia. Sin embargo, no hay que olvidar que si la Biblia nos muestra al Dios de los Hebreos endureciendo el corazon de Faraon y enviando un espíritu de impostura por medio de sus profetas á Achab, los códigos éticos del cielo y del paraiso aun cuando reflejen el código de un pueblo bárbaro bajo ciertos aspectos, son la expresion de él de un pueblo bajo ciertos aspectos superior por las ideas morales. La justicia y la clemencia penetran en las reglas morales de las dos vidas—en boca de los profetas por lo ménos—como no se encuentre ejemplo alguno respecto de los pueblos inferiores.

Y aquí hemos de introducir el hecho, que aun no hemos mencionado, la divergencia que separa cada vez más la idea civilizada de la idea salvaje. Naturalmente, la concepcion primitiva que hace de la segunda vida una copia de la primera, se hace cada vez ménos admisible á medida que se acumulan los conocimientos y que la inteligencia, al ilustrarse, puede apereibir mejor los caracteres incompatibles: de aquí las modificaciones que experimenta. Veamos, pues, los principales contrastes. La completa materialidad de la segunda vida, tal como se presenta á la concepcion de los hombres primitivos, resulta de una manera evidente de los hechos hasta aquí anotados, como una consecuencia necesaria de la concepcion que representa el otro yo como un sér material. El difunto, bien que se haya hecho invisible, come, bebe, caza y combate como lo hacia durante su vida real terrestre. Lo que prueba que se considera su vida como material, es que, entre los Cafres por ejemplo, «se rompen ó se echan á

perder las armas del muerto, de miedo que su espíritu no vuelva alguna noche á la tierra y no se sirva de ellas para hacer daño á alguien.» Por ese mismo motivo los Australianos cortan el pulgar al enemigo que matan en combate, para que su espíritu no pueda lanzar jamás otro venablo.

Pero la destruccion del cuerpo por el fuego ó de cualquiera otra manera, tiende á producir una nocion mezquina de la otra vida, es decir, que fortifica la idea de un otro yo ménos material que sugieren ciertas experiencias del sueño, engendrando la idea de otra vida ménos material. Manifiéstase ese estrecho modo de ver en la costumbre de quemar ó de destruir por otros medios las cosas consagradas al uso del muerto. Ya hemos notado más el arriba caso en que se quemaban con el cuerpo los alimentos depositados á su lado, y otros, en que de conformidad con la misma idea, se quemaba todo lo que era de su propiedad. En África este uso es muy comun. Entre los Kusas, las viudas «queman todos los utensilios domésticos» del difunto. Los Bagos (Costa de Guinea) hacen la misma cosa y destruyen al mismo tiempo todas sus provisiones alimenticias; «el arroz mismo no escapa á las llamas.» Entre los Comachos es costumbre quemar las armas del muerto. En otros casos se echan á perder las armas y los muebles del fallecido. Franklin dice de los Chippeues que, «cuando un individuo acaba de morir, sus desgraciados parientes no respetan cosa alguna de la casa, hacen pedazos sus vestidos y sus tiendas, rompen sus fusiles é inutilizan sus otras armas.» Claro está que esto supone que los espíritus de los objetos que han pertenecido al muerto acompañan al suyo; resultando de ello la creencia, conforme á la cual la segunda vida difiere materialmente de la primera, y algunas veces esta creencia se expresa de una manera formal; así se dice que las almas del muerto consumen las esencias de los sacrificios que se les hace, y no la sustancia misma de esos sacrificios.

Más decidido contraste todavía ofrece la costumbre de destruir modelos de los objetos de propiedad del difunto. Esa costumbre que existia entre los Chinos, Mr. J. Thomson la ha encontrado recientemente viva en aquellas regiones. En su libro titulado *Straits of Malacca*, habla de dos viudas desoladas de un mandarin á quienes vió entregar á las llamas «enormes modelos de papel representando casas, muebles, buques, literas, damas de honor y pajes nobles.» Dicho se está por tanto que esto implica que los modelos quemados suponen otra vida muy inmaterial, pues de otra suerte no se comprende la utilidad de la quemazon.

Concebíanse en un principio las maneras de obrar y las satisfacciones de la segunda vida como idénticas á las de la primera; andando el tiempo se llegó á



concebirlas como más ó menos diferentes. En primer lugar, las razas depredatrices no solo se prometían ocupaciones análogas y de beneficiosos resultados, así como las razas agrícolas esperan plantar y recolectar como en la vida terrestre; pero en el estado social avanzado, donde es comun el uso del dinero, el uso de enterrar monedas con el cuerpo es un signo de que se cree que en la segunda vida tendrá ocasion de comprar y vender, y esa misma creencia es la que inspira á los que queman hojuelas de oro ó plata como símbolos monetarios. Pero aquí el paralelismo deja su puesto á una divergencia. Sin que intentemos seguir los cambios que señalan el paso, bastará llegar de un salto á la especie de otro mundo en que se cree entre nosotros, y en donde nuestras ocupaciones y diversiones diarias no tienen cabida, y en donde nadie se casa. Sin embargo, esta vida concebida como una serie ininterrumpida de domingos entregados á ejercicios piadosos, todavía es una imagen de la vida actual, aun cuando en suma no se parezca á lo que la constituye.

Por lo contrario, la forma del orden social que se supone reinar en la otra vida, difiere en parte de la forma conocida. En un principio se tomó como tipo el gobierno de las castas, de las distinciones, de las instituciones serviles que reinaban aquí bajo para constituir con ellas el mundo imaginario del porvenir. Pero aun cuando en las concepciones de las razas más civilizadas, la analogía que relaciona las órdenes sociales de la primera y segunda vida no desaparecan por entero, la última se separa ya de la primera de una manera notable. Pues aunque la gradacion que supone la existencia de una jerarquía de arcángeles, de ángeles, etc., tenga alguna relacion con la gradacion que existe alrededor nuestro, no por esto se deja de darle otro fundamento; es decir, que para tales desigualdades se ha imaginado un diferente origen.

Lo mismo decimos de las concepciones éticas y de los sentimientos que las mismas suponen. Al mismo tiempo que en el curso de la civilizacion se han operado modificaciones en las pasiones, se han producido otras no menos grandes en las creencias relativas á las reglas de conducta y en la medida de bondad en la vida futura. La religion del odio, que constituye en deber la venganza internacional, y glorifica el éxito de las mismas, se repudia por todas partes; la religion del amor reina en absoluto. Sin embargo, bajo ciertos aspectos, los sentimientos y los motivos que dominan aquí bajo, reinan aun en la otra vida. El deseo de ser aprobados, pasion dominante en la vida terrestre, es todavía la pasion soberana de la vida futura. Créese que las principales fuentes de felicidad consisten en la aprobacion que se da á los actos de otro, ó que merecen los actos propios.

Por último, obsérvese luego que el lazo que une las dos vidas va aflojándose poco á poco. Créese al principio que hay un comercio incesante entre los que gozan de la una y de la otra. El salvaje busca diariamente el favor de los muertos, y supone que éstos prestan su auxilio á los vivos, contrariando sus actos. Esta estrecha comunión que continua durante los primeros periodos de la civilizacion, se va haciendo cada vez más estrecha. Sin duda el uso de pagar sacerdotes para decir misa en favor de las almas de los difuntos, y las preces que se dirigen á los santos para obtener su apoyo, prueban de una manera general que ese cambio de servicios ha existido y que todavía existe; pero el abandono de esos usos por los hombres más adelantados, hace suponer que el lazo que reúne las dos vidas se ha roto completamente en su pensamiento.

Así, pues, de la misma manera que la idea de la muerte se va gradualmente diferenciando de la suspension de vida, y que la esperanza de la resurreccion se va haciendo cada vez más remota, de la misma manera tambien va acentuándose la diferenciacion de la segunda vida. Ésta va alejándose del tipo de la primera por cuanto se hace menos material, las ocupaciones que la llenan son más diferentes de las de la primera, no reproduce el mismo orden social, y ofrece placeres de otra naturaleza que no los meramente sensuales, en fin, hace prevalecer un tipo superior de conducta. Al diferenciarse de la primera por su naturaleza, se hace cada vez esta distincion más profunda: la union en que estaban disminuye, y entre el fin de la una y el principio de la otra, se coloca un intervalo que va haciéndose cada vez mayor.

#### IDEA DE OTRO MUNDO

Habrás observado que á la vez que hablábamos de las ideas que tenían los hombres primitivos de otra vida, citábamos algunos pasajes que implicaban sus ideas sobre otro mundo, y es que entrambas ideas marchan tan unidas que no se puede hablar de una de ellas sin aludir á la otra. Sin embargo, y no sin intencion hemos reservado ese segundo grupo de ideas para estudiarlas aparte, y esto por dos razones: primero, la cuestion de la localidad donde se supone colocada la otra vida, es una cuestion aparte, y luego las ideas que los hombres se forman de ese lugar, sufren modificaciones tales que es instructivo seguir su orden é investigar las causas.

Entonces reconoceremos que el punto de residencia de los muertos va ale-